

Lulú

Va al Paseo De Curso

Ilustrado Por
Nati Chuleta



Josefa
Araos

June
García

**Josefa
Araos**

**June
García**



**Va al
Paseo De Curso**

Ilustrado Por Nati Chuleta


ALFAGUARA
INFANTIL Y JUVENIL

Luhà va al paseo de curso
Primera edición: octubre de 2019

© 2019, Josefa Araos y June García
© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.
Merced 280, piso 6, Santiago de Chile
Teléfono: 22782 8200
www.megustaleer.cl

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

ISBN: 978-956-384-143-5
RPI: A-307.780

Diseño de cubierta: Amalia Ruiz Jeria
Ilustraciones de cubierta e interior: Nati Chuleta
Diagramación interior: Alexei Alikin

Penguin
Random House
Grupo Editorial

«La que puede, puede, y ~~yo puedo~~»

NOSOTRAS PODEMOS

PALOMA MAMI Y LULÚ

PERSONAJES



Lulú — ¡yop!

Pequeña humana que se dedica a hacer desorden y crítica de dibujos animados.



Max — mi hermano

Adolescente gruñón y catador de pizzas.



Josefa – mamá

Fotógrafa oficial de la familia y fanática del ciclismo.



Andrés – papá

Rey de los panqueques y mi asistente personal en las tareas escolares.



Luna – mi mejor amiga

Científica en proceso y campeona de Just Dance.

FIN DE AÑO

Yeeeee, ¡el año se me pasó volando! Siento que hace muy poquito estaba planeando mi campaña para ser la mejor presidenta del **4B** y ahora me toca organizar la última actividad de mi reinado: el paseo de curso. Va a ser tan pero tan espectacular, que de seguro volverán a elegirme, **jiji**.

Planear este tipo de actividades es una locura. Tenemos que ponernos de acuerdo para elegir a dónde ir y todos proponen opciones diferentes: tarde de pícnic en una plaza, asado en el campo, ir a la playa... La verdad es que ninguna me convence mucho y tampoco veo a mis compis tan motivados, así que propongo tomarnos un tiempo más para seguir pensando en lugares.

En los recreos comento algunas ideas con las niñas y cada vez que puedo me paseo por los



puestos recogiendo opiniones, preferencias de comida y cosas así.

En un abrir y cerrar de ojos, llega el final del día y corro hasta la entrada del colegio para encontrarme con mi papá.

—Papuú —le digo, estirándole los brazos para saludarlo y, de pasadita, entregarle mi mochila.

—¡Hola, mi pollito! —me responde, colgándose mi mochila al hombro—. Nos vamos a ir en metro a la casa, porque la mamá se quedó con el auto —dice y suelta un suspiro.

En verdad, a mí me encanta viajar en metro. Voy mirando a la gente, jugamos a Pasapalabra y, cuando hacemos combinación, pongo ojos de cachorro hambriento y le pido a papi que me compre una medialuna en el minimarket, jeje.

Mientras caminamos por el andén, le cuento a mi papá que tengo la cabeza loca por la organización del paseo. Justo cuando me está preguntando qué quieren hacer mis compañeros, aparece frente a nosotros una publicidad enorme



con un titular que me emociona: «**GRAN PARQUE ACUÁTICO DIVERSIÓN INFINITA**».

—Papáááá —grito, y él se asusta un poco.

—¿Qué pasa, Lulú?

—¡Mira! ¡Un parque acuático!

—Bonito...

—¡Podemos hacer ahí el paseo! ¡Es una señal! —digo, y él me mira con una sonrisa que evidencia aprobación.

Al día siguiente llamo a un consejo de curso de **EMERGENCIA** (miss Marta dice

que eso no existe, pero, bueno, las presidentas podemos inventar cosas), les cuento a mis compañeros y compañeras sobre el lugar que descubrí y todos se alegran tanto que ni siquiera tenemos que votar. Termino el miniconsejo agradeciendo a la profe por el tiempo y me voy a sentar. Apenas apoyo mis



pompas en la silla, caigo en la cuenta de todo lo que se me viene encima: debemos reservar el espacio, juntar plata, organizar los aportes de comida, fijar el horario y ¡todo eso en diez días!

Ser presidenta implica mucho trabajo, ¡me deberían pagar!

Durante la semana, hacemos grupos para vender cosas en los recreos. Como a veces soy pavita, recién la noche anterior a mi día designado me acuerdo de que me toca llevar un queque, así que voy de rodillas hasta donde mi mamá para rogarle que me ayude a hacer uno.

La venta va bien, pero me doy cuenta de que no será suficiente para alcanzar la meta, así que al lunes siguiente hablo con el curso y anuncio que tendremos que hacer algo más «importante» para reunir la plata en poco tiempo. Aliento a todos que den ideas libremente, y el Pipe propone que hagamos una «completadaailable».

No sé muy bien de qué se trata eso, así que le pido que nos explique.

—Buscamos un lugar donde vaya la gente a bailar, tomar bebida y, obvio, comer completos. Cobramos una entrada y adentro vendemos las cosas para comer. Tendríamos que hacer todo nosotros mismos.

Dicho y hecho. Me parece una propuesta bacanísima.

Al día siguiente, el Pipe nos informa que se consiguió una sede en su villa para que hagamos la completada ese mismo viernes. Raaayos, ¡Lulucita, valor! Les pido a todos que por favor se queden en la sala en el primer recreo para organizarnos de forma exprés.

Pido prestado un plumón a miss Marta y hago una tablita en la pizarra. Arriba pongo todo lo que debemos tener, por ejemplo, «palta molida», «tomate», «mayo-kétchup-mostaza», «equipo de música», «salchicha-salchicha veggie», y abajito voy anotando los nombres de los que se encargarán de cada ítem. Listo. Parece que funciono bien bajo presión.



El día de la completada llega y estoy entre nerviosa y feliz, obviamente encargándome de todo desde antes que canten los pajaritos. Los papás y mamás nos apañan mucho. Unos se encargan de la venta, otros arman las mesas de comida, prueban la música, etc. ¡Qué tarde más entrete!

No paramos, pero quedo feliz. Cuando sea grande quiero trabajar en una cosa así, algo en donde me ría y se me pase el tiempo volando.

El fin de semana me pongo muuuuuuuuy ansiosa. Miro el folleto del parque y me da un nose-qué en la guatita. Veo las fotos de los toboganes

y me imagino al curso jugando, a mis amigas nadando en las grandes piscinas; a las mamás tomando sol, a los papás preparando la comida y a mí... en un flotador gigante, jugueto de sandía en mano y lentes de sol, disfrutando del mejor día del año.

La otra vez vi un flotador preciosísimo en el súper y no lo he podido sacar de mi cabeza. Era de unicornio. Es inevitable. ¡Tiene que ser mío!

Haré un plan de convencimiento para que me lo compren.



Pasan los días y decido concentrarme en estudiar para las pruebas finales, además de seguir con la organización del famoso paseo, que ocupa casi toda mi cabeza y mi corazoncito. Me va supercachilupi en la exposición final de ciencias, en la coeficiente 2 de matemáticas y en la prueba

oral de lenguaje. Así que... decido usar el éxito a mi favor. Tomo la hoja de evaluación donde miss Marta escribió «Luisa ha tenido un desempeño escolar destacado durante todo el año, ha cumplido con sus deberes y, además, ha logrado ser una presidenta responsable y cariñosa con su curso» y bajo al primer piso.

—¿Mamááá? —digo con voz hipermegatierna.

—¿Lulis? —responde, con la vista pegada en los platos que está lavando.

—¿Podemos ir al súpereeeeer?

—¿A qué?

—A comprar un flotador de unicornio que vi el otro día que fui con papá, es demasiado lindo y estaba en oferta. Porfi, porfi, porfi, ¿me llevaaaaas?

—Bueno, pero deja que termine de hacer esto.

Ni siquiera es necesario mostrarle por tercera vez la hoja de evaluación de la miss.

—Oye, Lulú, el celular me está vibrando hace rato, ¿puedes ver quién me escribe?



MAMÁS 4TO B

Tomo el celular de mamá y lo desbloqueo (su contraseña es la más fácil del mundo: el cumpleaños de Max y el mío). No veo llamadas perdidas, pero sí muchos mensajes en WhatsApp. ¡Qué linda la foto del fondo! Aparecemos los cuatro megafelices en el campo de los tatas durante las vacaciones de invierno.

—Son puros mensajes del grupo «mamás 4B» —le digo—. 108 mensajes, para ser exacta.

—Chuuuu, ¿habrá pasado algo? ¿Puedes leerme lo que han puesto?

—¡Okey! —digo, feliz—. Mandaron unos memes que no entiendo y muchas respondieron unos «jajajá». Claudia dice «Hola. Les tengo que comentar algo súper serio». Varias mamás dicen «Cuenta, cuenta», «¿qué onda, Clau?», «¿qué pasó?». Claudia pregunta: «¿Van a mandar a las

niñitas con bikini al paseo?

Ojalá que las que estén gorditas vayan con traje de baño entero, porque no es bueno que anden fomentando cuerpos poco sanos entre ellas, creo que es mejor



que se tapen». Mariana dice: «Sííí, yo igual creo, hay varias que están bien pasaditas de peso». Francisca agrega: «Estoy totalmente de acuerdo, yo las he visto en los cumpleaños y comen como animales». Claudia sigue: «No sé qué les pasa a las mamás que no se preocupan de la figura y salud de sus hijas... o sea, ¡amigadatecuenta!, parecen unas pelotas, ¡pobrecitas!». Ant...

—**LULÚ, PÁSAME EL CELULAR AHORA**

—grita mamá, sacándose los guantes de lavar loza.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Leí algo mal? —le pregunto, sin entender qué pasa.

Me quita el celu de las manos y se pone a revisar los mensajes rápidamente, moviendo los ojos de un lado para otro sin parar. Me da un

beso en la frente y va caminando rápido hacia la pieza donde está papá ordenando el clóset.

La sigo calladita y veo que se sienta en la orilla de la cama con cara de preocupación. Me voy a mi pieza, olvidándome de la idea de ir al súper e intentando recordar qué decían los mensajes que leí:

«Si están gorditas, que vayan con traje de baño entero.»

«Que se tapen.»

«Están bien pasaditas de peso.»

«Comen como animales.»

«Parecen unas pelotas.»

«¿Habrán dicho eso por mí?», pienso y me tiro de espaldas en la cama. «Siempre que voy a los cumpleaños pido una porción extra de torta. Parece que me pasé, para la otra me voy a aguantar.»

Camino hasta el espejo de mi pieza y me miro un rato. En verdad no estoy taaan pasada de peso, tal vez un poco. Con una dieta podría bajar esos kilos extra. Me levanto la polera para verme bien la panza y me doy cuenta de que es

como una sandía, súper redonda. Inclino hacia delante el cuerpo y se me hacen unos rollos. A quién quiero engañar... Estoy bien rellenita.



MUCHAS CALORÍAS

Como faltan pocos días para el paseo, esa misma tarde decidimos probarnos nuestros trajes de baño en familia, revisar las toallas, ver si queda bloqueador y comprobar que no estén pinchados los flotadores.

Nos reunimos en el living y, para hacerlo más divertido, jugamos a Top Models y exhibimos nuestros trajes de baño como si fuera un desfile. Papá se ofrece para ser el primero. Va a la pieza, se escuchan unos golpes (de más es él cayéndose, como siempre) hasta que por fin llega con su hermosa prenda: un traje de baño azul con flores. Se pone una mano en la cadera y nos cierra un ojo.

—¿Qué tal, familia? —pregunta, y con Max le mostramos nuestros pulgares arriba.

—¡Gujúú! —dice, y levanta los dos brazos como campeón de box.

—Tu turno, mamá —susurro, antes de que me digan que voy yo. Me gusta ser la última.

Mamá hace todo rápido, en silencio, y cuando sale nos luce su biquini plateado (ama los brillos). Camina, hace reverencias y nos tira besos. «Pucha que es linda mi mami», pienso mientras le aplaudo. Me gustaría ser así de bonita cuando grande.

Papá propone que Max sea el siguiente y él se va a cambiar con cara de lata. Se demora muuucho, así que decido ir a apurarlo.

—Oye, Maxi —digo, golpeando la puerta—. ¿Estás bien?

No me responde, pero abre la puerta. Sale arrastrando los pies, con su traje de baño de Pikachu. Se desliza lentamente por el living y finaliza levantando el pulgar.

—¡Mi turno! —grito emocionada. Agarro mi biquini y me encierro en la pieza.

Me saco la ropa y comienzo por la parte de abajo, pero algo anda mal. No me sube. Me queda medio pompis afuera y siento cómo mi cara se va poniendo roja a medida que intento que suba.

Hundo la pancita y hago fuerza hasta que por fin entra. Bien. Ahora el segundo desafío. Tomo la parte de arriba, subo los brazos e intento deslizarla. No pasa de mis hombros: estoy atrapada en un biquini. Pienso en pedirle ayuda a mamá, pero me da vergüenza, así que me armo de valor y sigo intentándolo hasta que empiezo a transpirar.

—¿Cómo vas, Lulucita? —dice papá desde afuera.

—Bien, todo súper, ya salgo —respondo medio ahogada.

Doy un último tirón y baja, pero escucho que se rajan unas costuras. Mala señal. Muevo un poco los brazos y las piernas para asegurarme de que todo está en su lugar, hago como si nada y salgo muy digna cabeza en alto.

—**PERO, LULÚ** —grita Max, en medio de una carcajada—. **PARECES PRIETA.**

Bajo la mirada y veo cómo sobresale mi panza. El elástico está incrustado en mi carne y me hiere un poco. Intento disimular, aunque siento vergüenza, porque además bajé sin toalla y no puedo taparme.



Veo que mi papá mira feo, muy feo, a Max y que mi mamá se acerca para hablarme.

—Mi amor, mañana vamos a ir a comprar otro biquini, ¿bueno? Este es del verano pasado. ¡Es natural que te apriete! Has crecido —dice y remata dándome un pellizcón cariñoso en el rollito de la cintura.

Suelto una risa fingida para no ser una Lulú mala onda, pero en mi corazoncito me siento una Lulú triste. Regreso rápido a la pieza, me saco el biquini a duras penas, me pongo la ropa

y recién ahí me siento otra vez como Lulucita Bacán. Ahora nadie podía ver mi guata ni mis piernas gorditas. No se reirán más de mí.

Me quedo encerrada en la pieza hartoo rato y decido tomar un desafío personal: hacer que esta pancita desaparezca antes del paseo. No quiero imaginar lo que sería que Diego y los demás niños me vieran con el biquini de prieta. Ellos se ríen de todo el mundo, así que obvio que se reirían de mí. Y mucho.

Cuando llega la hora de la cena, sé que tengo enfrente mi primera prueba.

—Rápido, Lulú —grita papá desde la cocina—. Se te va a enfriar la comida.

—Ya voy —respondo mientras bajo las escaleras.

Apenas me acerco al comedor siento el olor de ese plato que tanto amo: porotos con riendas. Mi corazoncito salta de emoción pero mi cabeza lo regaña. Los porotos claramente no forman parte de mi desafío «Lulú sin panza». Frunzo el ceño y concluyo que es natural que esté gordita: la comida me hace tan feliz que llego a salivar.

Me asomo a la cocina y veo a papá con su delantal sirviendo el último plato.

—¿Oye, pa?

—¿Dime, Lulucita?

—Quería preguntarte algo. Es que como no me quedó bien el biquini pensé que estoy gordita porque como mucho. Y como cuando uno está gordita, para dejar de estar gordita, tiene que... ¿Se entiende la idea?

—Huumm, nones —dice, mirándome con ojos de sospecha.

—Quería saber si puedo comer solo lechuga, o tomate, o algo así, sano.

—Mira, Lulú. —Me apunta con un cucharón—. Esta casa no es restorán, así que aquí se come **LO-QUE-HAY**. No estás comiendo mucho, estás comiendo lo que necesitas.



Agacho la cabeza y parto al comedor. La cena transcurre en silencio, cosa que no pasa casi nunca en mi familia, y yo no encuentro tan maravillosa la comida. Sé que no es culpa de

papá (porque él cocina rico), es porque le agarré un poco de mala a los culpables de mi sobrepeso: los deliciosos platos.

¿QUÉ TRAJE DE BAÑO TE QUEDA MEJOR?

Al día siguiente llego contenta a la sala. Veo que todas las chiquillas están haciendo un círculo alrededor del puesto de la Vale, así que cuelgo mi mochila y me acerco para ver qué está pasando.

—Hola, Lunis. —Saludo a mi mejor amiga—. ¿Qué pasó?

—Mira, Lulú —dice, y me muestra la revista *Ellas* que están leyendo—. Estamos revisando qué traje de baño nos quedaría mejor para el paseo. Hay modelos recomendados para cada tipo de cuerpo.

Tomo la revista y comienzo a leer con atención. El cuerpo «reloj de arena» es el de cintura pequeñita y caderas anchas. Dice que a estas figuras les quedan bien todos los trajes de baño. Definitivamente, no pertenezco a esta categoría. Luego está el cuerpo de «triángulo», al que



describen con caderas anchas y hombros más angostos. A estos les quedan bien los biquinis, siempre que no sean metálicos ni claros. Al lado está el cuerpo de «triángulo invertido», es decir, el con caderas angostas y hombros anchos. A estos les quedan mejor los trajes de baño de dos piezas cuyas partes de abajo sean llamativas. Hmm, no, claramente yo tampoco tengo forma de triángulo, ni derecho ni invertido. Sigo leyendo hasta que por fin aparece mi tipo: el «oval»

o «redondo», como mi guatita de sandía. La recomendación es usar trajes de baño enteros, oscuros, sin estampados, «para no destacar la desproporción». Continúo leyendo y me invade la pena: «Ni hablar de usar biquini. Se recomienda llevar un pareo sobrio atado a la cintura o al cuello». Decepcionada doy vuelta la página con la intención de ver si hay consejos para hombres y así ayudar a Max. Pero no, no hay nada.

—¿Y para hombre? —pregunto, buscando en las páginas siguientes.

—Ay, Lulú —dice Vale, quitándome la revista—. Ellos se ponen un short y listo. Somos nosotras las que tenemos que preocuparnos.

—Ah —respondo y me voy a mi puesto. Apenas me siento, miro hacia abajo y veo que se asoma mi pancita bajo el uniforme. Por primera vez no la quiero tanto. Por su culpa no podré usar el biquini con brillitos que imaginé, el flotador de unicornio ni los petos de colores.



Agarro mi chaqueta y me la pongo en la falda, a ver si así se disimula un poco todo lo que me sobra.

A la salida veo que me está esperando mamá en vez de papá dentro del auto.

—Hola, Lulú, ¿estás lista para elegir tu bikini? —dice mi mamá, toda hermosa con sus lentes de sol y una gran sonrisa—. Preferí venir a buscarte para ir al tiro porque después se llena. Así tal vez nos alcanzamos a tomar un heladito.

Intento sonreír, pero la idea de ir de compras y rechazar un helado el mismo día hace que se me apriete la garganta.

Llegamos a la tienda y me dedico a mirar lentamente todas las hileras de trajes de baño. Los toco y miro de cerca, los estiro, como si estuviese reparando en detalles, pero en realidad solo quiero hacer tiempo hasta llegar a mi traje de baño negro.

—¿Te gusta este? —me pregunta mamá, mostrándome un biquini fucsia metálico todo precioso.

—Hmmm. —Intento poner cara de desagrado—. No, no mucho, mami.

—¿Y este otro? —En su mano izquierda tiene un biquini lleno de flecos de colores, como un arcoíris, también muy bonito, pero no apto para mi cuerpo «oval».

—Tampoco —respondo decepcionada y vuelvo a mi búsqueda.

Me alejo de donde están los biquinis de moda, brillantes, lindos, de colores, y llego a una esquina en donde están los de una pieza, negros, cafés, grises. Encuentro uno ideal para mí, siguiendo los consejos de la revista.

—¡Voy al probador! —grito, para advertir a mi mamá, y me meto como una bala en el cubículo.

Pongo pestillo, me saco la ropa y me decido a probar mi descubrimiento. La tela elástica se desliza con facilidad. Me miro en el espejo y lo siento perfecto. Es negro entero, con un pequeño short y mangas. La única mancha de color es el logo de Speedo que tiene. «Con un pareo atado a la cintura, mis kilitos de más pasarán pioleta», pienso.

—¡Mamá! —La llamo asomando mi cabeza por la puerta—. ¡Estoy lista!

—¿A ver? —dice, dando golpecitos en la puerta—. Deja que te vea, pues.

—Es el tipo de traje de baño perfecto para mi cuerpo, lo vi en una revista —le digo, saliendo hacia el pasillo.

Veo que pone una cara rara, así que me hago la modelo y camino bamboleándome hacia el enorme espejo. Hmm, no funciona. Su reacción no me la esperaba. Se cruza de brazos, aprieta los labios y sé que viene un sermón de mamá.

OH, NO, ¿qué hiciste, Lulú?



LAS REGLAS LAS PONES TÚ

Mamá me agarra la mano y volvemos al probador. Se sienta en el banquito que está adentro y me mira fijamente sin decir nada. Yo me quedo ahí, parada, tratando de entender qué está pasando.

—Lulú, me voy a sacar la ropa, ¿ya? —dice ella y veo que, en un abrir y cerrar de ojos, queda en ropa interior—. ¿Crees que mi cuerpo es feo?

—¡No, mami! —respondo con toda honestidad—. Tú eres súper linda.

—Sí, verdad. Yo igual encuentro que soy linda y, mira, tengo estrías, una cicatriz de cesárea —dice apuntándolas—. También tengo la guatita suelta y un par de «kilos extra», como dicen esas revistas. Pero nada de esto me hace fea y tampoco significa que yo no pueda usar lo que me gusta.



—Es que en la revista decía que yo debía usar esto —susurro y me encojo de hombros—. No quería molestarte. Tú no eres fea, mami.

—Las revistas no tienen la razón, Lulú. La información sale acompañada de fotos atractivas, coloridas, con gente «linda», pero muchas veces no es cierta, son solo interpretaciones —dice, con sus ojos fijos en los míos—. Nadie debe decirte qué puedes usar, qué no puedes usar, cómo debe o no debe verse tu cuerpo. Esas reglas son tonterías que inventaron para que nos sintamos tristes. Da igual cómo te veas, tienes el derecho a usar lo que te guste y te haga feliz.

—¿Entonces tú crees que yo puedo usar el biquini con brillitos? ¿No sería raro? ¡Dime la verdad!

—Lulú —dice, y suelta una risita—. Eres una niña hermosa. Me apena mucho que tu mentecita ya esté siendo invadida por estas inseguridades—. Por favor, solo te pido que sigas este consejo: usa lo ropa que quieras, como quieras y cuando quieras. Y si decides cuidar tu cuerpo, o cambiarlo, que sea porque lo amas, no porque

lo odias o porque lo encuentras feo. ¿Me entiendes? Es importante que lo mantengas nutrido y bien ejercitado para que te acompañe de buena forma y puedas meterte en muchas aventuras. Todos los cuerpos tienen derecho a sentirse lindos, a ser queridos. Nadie debería esconderse por vergüenza o miedo. Tú tampoco, Lulucita.

Sonríó y no me aguanto las ganas de ir a buscar el biquini que quería. Corro hasta el pasillo donde lo vi, lo agarro y vuelvo a correr de regreso al probador. A veces la felicidad te vuelve loca. ¡Es mi caso! Me lo pongo toda atarantada y comienzo a saltar, porque una energía rara recorre mi cuerpo. Es como... una adrenalina feliz.

—¿Me dejas ver? —pregunta mamá desde afuera del probador.

—¡Mira! —Salgo con la frente en alto y otra vez me hago la modelo camino al espejo de cuerpo entero—. Me encanta este naranjo neón con brillitos

—¡Te queda precioso!

Hago un par de tonterías en medio de mi desfile para que mamá se ría. Luego observo mi cuerpo en el espejo. Ahí está la guatita que hace un rato me molestaba. «Es mía y es linda, no tiene nada de malo», me repito. El biquini es demasiado entretenido y encuentro que me veo espectacular, ¡digno de una presidenta de curso!



PARQUE ACUÁTICO DIVERSIÓN INFINITA

¡Por fin llega el ansiado día! Es sábado y estoy despierta desde las siete de la mañana. Hago hora en mi camita y, apenas dan las ocho, voy a la pieza de mis papás para ver si se están preparando.

Toco la puerta, digo mi contraseña en voz alta y entro.

—¡Arriba, arribaaa! —grito, dando palmas como hace la profe de gimnasia—. ¡Fuera de la cama, flojonazos! —digo y echo para atrás el cubrecamas, cosa bastante desagradable, ¡lo sé! Pero, bueno, hoy es un día especial.

—Lulú, anda a despertar a Max mejor, nosotros ya vamos —responde papá, aún medio dormido.

Toco varias veces la puerta de la pieza de mi hermano, pero responde apenas con unos gruñidos como de oso terminando de hibernar.

—Si no estás levantado en cinco minutos, te iré a atacar —lo amenazo.

Entro a mi pieza a ordenar los últimos detalles, aunque dejé todo listo la noche anterior, jiji. Reviso nuevamente mi bolso, por si las moscas:

Biquini mega fabuloso --- CHECK

Toalla mega apañadora --- CHECK

Protector solar --- CHECK

Chalitas mega cómodas --- CHECK

Lentes de sol y de agua --- CHECK



Como familia nos toca llevar los postres. Eligieron a la mía y a la de Luna porque nuestros papás son expertos en lo dulce. Papá cocinó muchos panqueques y llevamos cositas para que cada persona los arme como le gusta. Además hizo unas tartas de durazno y frambuesa, ñammmmmiii.

Nos subimos al auto un poco cargados y antes de partir papá hace la revisión de la lista familiar.

—Tienen todas sus cosas personales, ¿verdad? —pregunta mirando hacia atrás

—¡Yo sí! —respondo entusiasmada.

—Yo también —dice Max, todavía medio zombi.

—Postres, flotador de unicornio, sillitas —va repasando papá en voz baja—. Todo bien, ¡ya podemos partir!

—Okeey, ¡allá vamos! —exclama mamá y enciende el auto.



Cuando llegamos al parque, compruebo que es aún más impresionante de lo que mostraba el folleto. Los toboganes son enormes, las piscinas se ven hermosas y hay mucho pasto para jugar. De a poco van llegando mis compañeros y compañeras junto a sus familias. Recibo a cada uno y me alegro al ver sus caras de emoción: seguro me recordarán como la mejor presidenta de sus vidas **jiji**.

Chequeo la lista de curso y compruebo que todos han llegado. Propongo que vayamos a inaugurar las piscinas, pero el papá de Luna pide que antes nos saquemos la foto grupal.

Me parece la mejor idea. Escojo un sitio en medio de los árboles y empiezo a ordenar al grupo.

—Juanjo, no te ves, ¡ponte adelante! —grito—. Simóóón, estás tapando a la Dani, muévete a la derecha... ¡a **TU** derecha!

—El fotógrafo está listo —me dice papá, terminando de arreglar el trípode de la cámara.

Miro a mi curso y a sus familias, ¡están tan felices! ¡Y se ven tan hermosos! Se me llena el corazoncito de alegría. ¡Cada una de las horas de trabajo extra valieron la pena!

— ¡A correr, Lulú! — exclama papá luego de apretar el botón de la foto.

Nos acomodamos en nuestras posiciones y se me ocurre una gran idea:

— ¡Todos digan **CUARTO B!**

— **CUARTO BEEEEEE** — gritan mis compis al unísono, y nos escuchamos como un grupo de ovejas felices.

Nos bañamos un buen rato hasta que, cerca de la una, decido que es hora de ir a supervisar cómo van los preparativos del almuerzo. Me acerco al quicho y veo que el abuelo de la Dani está haciendo el pebre (uhhmm, ¡de solo olerlo se me hace agua la boca!); la mamá de Juanjo ya tiene lista la parrilla para el asado (¡se ve muy linda con sus herramientas y el delantal!) **Mmmhh**, ¡esos choripanes son la gloriaa!; y,

bueno, a pesar de que falta rato para el postre,
mi papá está cortando frutillas, plátano y kiwi
para los panqueques, **jiji**.



¿DÓNDE ESTÁ LA LECHUGA?

Confirmando que los preparativos del almuerzo van mejor de lo imaginado y decido volver a las piscinas. Tomo vuelo para tirarme una bombita cuando escucho que algo raro pasa a mi alrededor: gente gritando, un círculo armándose, adultos poniéndose pesotes.

Freno mi impulso de sirena y me acerco discretamente a ver qué está pasando. A la Dani la mandaron al paseo con la familia de Juanjo, pero ahora llegó su mamá, muy enojada, por alguna razón.

Lleva anteojos de sol y sostiene un gran bowl de madera. Justo veo a papá, así que me aferro a su cintura, porque esta reina presidenta a veces siente miedo, sí.



—¿A ustedes les parece adecuada esta cantidad de carbohidratos? —dice, apuntando la mesa—. Con razón están todos tan gorditos, pues. ¡Y sus hijos van peor que ustedes! Algunos ya ni siquiera se la pueden con la clase de educación física.

El abuelo de la Dani murmura algo, pero cuando va a sacar la voz, la señora lo interrumpe.

—Miren, yo traje quinoa y lechuga, pero solo para mí y para mi hija. ¿Para qué gastar más en trogloditas que solo piensan en

tragar y tragar asado; tragar y tragar arroz, tomar y tomar bebida? No puedo creer que ni los papás de la presidenta de curso se preocuparon de revisar el menú... ¿Es neces-

ario picotear estas cosas antes de un almuerzo? —dice, levantando el paquete de papitas que trajo la familia de los mellizos.

Estaba entre miedosa y enojada escuchándola, cuando papá me pide que le suelte la cintura.



—Hola, Claudia —saluda con una voz mucho más baja y sobria—. Entiendo que tengas otros hábitos de alimentación, pero estamos en una celebración de fin de año y creo que cada cual tiene la libert...

—Es verdad lo que dice Claudia. Totalmente inaceptable —interviene Francisca, otra mamá del team lechuga.

—¡Es grosero todo lo que trajeron! —sigue la mamá de Dani, otra vez a los gritos y sin siquiera mirar a mi papi—. Estas fritangas de paquete se las tengo estrictamente prohibidas a mi hija, y ahora ustedes vienen y se las ponen enfrente sin ningún criterio. ¡No es mi culpa que ustedes no se preocupen de la felicidad y salud de sus hijos! Lo que es yo, no quiero criar a una obesa que el día de mañana no p...

—Disculpa, pero ni las niñas ni los niños son obesos, son cabros súper sanos, de hecho —dice la mamá de la Pili—. Y si estuvieran con sobrepeso, ¿no has pensado a qué nivel los podrías herir con tus comentarios? Mira, a mí esta mesa

me parece de lo más armónica, tiene cosas ricas para picar, ensaladas, papas, proteína.

—¿Y qué sabes tú? — responde la mamá de la Dani, otra vez fuera de sí.

—Bueno, soy nutricionista, entiendo que lo importante es tener niñas y niños bien nutridos, no necesariamente flacos. El peso no refleja el nivel de salud en las personas, querida, deberías saberlo.

Siento que todo el mundo está mirando mis rollitos y me escondo otra vez detrás de papá. Le tomo la mano y veo que está súper enojado. Me fijo, también, en que no soy la única alumna que está ahí: ocho de mis compañeros, precisamente los más interesados en que el almuerzo saliera a la hora, habían presenciado toda la discusión.



PAPAS MAYO

La cosa pasa a mayores y mi papá decide sacar a todos mis compañeros y compañeras de la piscina para que nos reunamos. Miss Marta, que estaba enseñando «nado con estilo» y al parecer en otra galaxia, se suma. Lleva un traje de baño lindo y se estruja el pelo con una toalla.

—¿Qué pasó? —pregunta.



—Bueno, queridos y queridas —dice mi papá—. Es importante que conversemos de lo que acaba de pasar, porque quizás los aquí presentes se sintieron afectados por ciertos comentarios...

—Algunos estamos más gorditos, es eso normal —dice Fede, súper tranquilo—. Yo no me hago problema.



Todos explotamos en una carcajada y una de las mamás que había estado presente intenta callarnos.

—Algo así, Fede. Pero lo importante es que...

—Lo importante es que comamos papas mayo si es que queremos comer papas mayo —digo, muy segura—. Pero que sepamos que no podemos comer eso todos los días, que lo mejor es tener una dieta equilibrada.

—¡Para tener mucha energía! —grita Juanjo

—¡Y poder tirarnos agua! —exclama Luna

—Nuestros cuerpos son maravimágicos, por eso hay que quererlos y cuidarlos —agrego emocionada—. ¡Todos los cuerpos son maravimágicos! No importa si son más o menos grandes, tampoco importa su color. A mí me encantan las papas mayo y no voy a dejar de comerlas.

—No hay que tener vergüenza de cómo nos vemos, podemos usar los trajes de baño que nos dé la gana —comenta Dani, burlándose de la revista que habíamos visto en clases.

—¡Al fin alguien lo dice! —grita Juanjo—. Todos mis compañeros usan traje de baño como



de surfista, pero a mí me gustan las sungas porque son más cómodas.

—Okey, okey, veo que lo tienen clarísimo —dice mi papá—. No hay nada más que agregar. Pónganse bloqueador y vuelvan a la piscina. ¡Les avisamos cuando esté el asado! —grita y le guiña un ojo a la mamá de Juanjo.

Antes de volver a la piscina, con mis compañeras nos encerramos en el camarín. Veo que algunas se cambian de traje de baño, otras se quitan el pareo, e incluso la Feña, que nunca se atreve a meterse a la piscina por pudor, pide prestado un biquini. Aprieto mi tubo de bloqueador y pongo un poquito en la mano de cada una para que nos echemos crema entre nosotras.



¡AL AGUA, PATO!

Todos salimos corriendo de los camarines y, como soy lentita, me quedo un poco atrás. Cuando llego al borde de la piscina veo que Diego, Juanjo, Luna y Pipe cuchichean. Me acerco con la intención de escuchar su secreto cuando de pronto ¡emboscada!, me agarran de brazos y piernas.

— ¡Al aguaaaaa, patoo! — gritan todos mientras me lanzan.

Por suerte soy una experta nadando, jiji. Levanto los brazos en señal de «Estoy viva, chiquillos» y todos se tiran a la piscina con sus estilos diferentes. ¡Amo las vueltas de carnero del Pipe!

Hacemos remolinos, jugamos a las quemadas, tomamos sol (pero poquito, para no quemarnos nivel cangrejo) y probamos todos los toboganes del parque.

—¡PAPÁAAA! —grito con todas mis fuerzas desde la piscina.

—¡QUÉEEE! —responde y corre hacia el agua—. ¿Estás bien, Lulú?

—¿Nos tomas fotos? —pido, poniendo cara de niña buena.

Mi papá saca su celular y yo acomodo al grupo. Primero una foto de las niñas del curso, luego una de las mejores amigas, después de la directiva, otra de los niños, otra todos juntos, otras de Lulucita Bacán sola (¡con su maravilloso biquini!) y otr...

—Basta, cachorra, con esto ya tengo para hacer un álbum —dice papá, revisando las fotos con una sonrisa.

¡Qué lindo es tener un curso como el mío! Nos unimos para esto y lo logramos. Trabajamos todo el año, y ahora por fin podemos disfrutar la recompensa: un día de piscina, juegos y comida rica. Pasamos muchos obstáculos para juntar el dinero y decidir dónde ir, pero lo logramos. Es bueno autocelebrar nuestros logros, sobre todo con comidita rica, jiji. Y

hablando de comidita rica, acabo de recordar que habrá helado de postre y, ustedes saben, si yo fuera un helado, lo tendría **TODO**: salsas, chocolatitos, y frutitas. Porque así soy yo, me emociono, jiji.

Cuando ya estamos todos fuera de la piscina, nos juntamos con nuestras familias y la mamá de Simón pone su trípode, el temporizador y corre para tener la gran foto grupal del día. Apenas la toma, me acerco a verificar que nos veamos lindos, **jiji**, y la foto está preciosa.

—Listos los choripaneeeees —anuncia la mamá del Juanjo.

Dejo de nadar, me salgo rápido de la piscina y me acerco para reclamar mi ansiado choripán. Mientras le agregan pebre, veo cómo mis compañeros están compartiendo con sus familias: algunos comen ensaladas; otros arroz, carne y verduras. Cada uno elige comer lo que le hace feliz. La imagen final del día es muy bonita: mis compis se ven felices, y también sus abuelos, abuelas, mamás, papás, tíos, tías, hermanos, hermanas, y todas las personitas que son parte de

sus vidas. La felicidad y los logros siempre se comparten con la gente que quieres.

Ay, Lulucita, te tocó trabajar duro y en equipo para que este paseo de curso saliera bien, pero ¡el 4B lo logró otra vez!



AGRADECIMIENTOS

Coti

Al Peña, la Chely y la Gisse, por hacer de mi vida una aventura maravimágica llena de papas fritas.

A Memo, por darme amor, a pesar de todo el estrés y mis rabieta.

A la Chana, Espe, Maxi, Diego, Pablo, Gutiérrez, Manolo, Hugo, Wladi, Mauro, Pudú, Tanza, Antonella, Anto, Babi, Javi, Emile, Coni, Seba, Cata, Mati, Gabi y Santi. Mis amiguitos lindos. Estaría hundida en la miseria sin ustedes.

A mis papás, mis hermanitos y mis sobrinas, por darme vida (LITERAL) y mantenerme con ella.

A la Maca y la Vale, por convertirse en la dupla legendaria que está detrás de Lulucita.

A la Junecita, por razones obvias.

A ustedes, el motivo por el que me quedo hasta las 3 AM escribiendo.

June

A todas las personas que hacen que mi vida sea maravillosa:

Mónica, Armando, Paula, Armandinho, Tan, Mery, Noël, Sol, Alday, Joac 1, Joac 2, Dugo, Cote L, Magda, Cindy, Anti, Cali, Anto M, Vale S, Frankie, Mai, Toto, Mara, Vale O, Feña G, Soffi, Cami V, Romi, Cami C, Mati F, Keke, Ray, Diego D, Anto G, Feñis, Flo, Martín, JF, Mister, Ivalú, Val, Daniel A, Vale J, Paz G, Tali, Seve, Doris, Dani C, Pablo T, Víctor V, Tita, Karli, Valeska, Chalid, Foncho, Javi L, Manjo, Paz C, Nico M, Ari, Javi P, Jasa, Nandi, André, Max, Amparo, Nico M, Dani O, Coti, Kim, Anto S, Coni, Espe, Cote C, Raffo, Anubis, Leonor, Coni G, Salvi, Vic, Javo, Marco, Maca, Vero, Felipe, Tiwi, Cristi, Sofi S, Meche, Nere, Arolas, Nati C, Camila G, Vicente G, Lula, Mañe, Monsalva, Vivi, Pauli V, Feña L, Yemi, Cata G, Karen, Consu, Emi, Clau, Berna, Paloma, Nata, Mane, Paola y Dani W.



**Josefa Sofía Ignacia del Pilar
Araos Moya**

Sus papás se esforzaron al elegir estos cuatro nombres, así que deben lucirse TODOS. Nació con el ceño fruncido y creyeron que lograría cosas épicas... Pero lo más épico que ha logrado es comerse cuatro completos y quedar con hambre. Entró a estudiar Derecho y espera poder salir algún día. Profesional de las Instagram Stories y el drama.



June García Ardiles

Nació el 20 de agosto de 1996 en Santiago de Chile. Activista del feminismo y de los brillos, ha trabajado en distintas iniciativas de género, sexualidad y feminismo a nivel nacional e internacional. Ama la Coca-Cola y a todos los gatos del mundo, en especial al suyo, Soka. Estudia periodismo en la Universidad de Chile. Su nombre se pronuncia «Yun».



Natalia Silva – Nati Chuleta

«¡Oh, qué lata, otra vez quedé en evidencia de que soy la más vieja!», fue lo que exclamó Natalia al leer las biografías de las dos autoras de este libro, ya que se dio cuenta de que,

al nacer el 24 de abril de 1993, era oficialmente la más veterana de las tres. Natalia (también conocida como Nati Chuleta) es autora e ilustradora de obras como *No abuses de este libro*, *Buscando a Gordon* y *Mili, la millennial*. Es tauro, hufflepuff, amante de los sims y le gusta comer cosas dulces.

ÍNDICE

Personajes	10
Fin de año	13
Mamás 4to B	23
Muchas calorías	27
¿Qué traje de baño te queda mejor?	35
Las reglas las pones tú	43
Parque acuático diversión infinita	49
¿Dónde está la lechuga?	57
Papas mayo	63
¡Al agua, pato!	69